

LA EUCARISTIA FUENTE Y CULMEN DE LA MISION ECLESIAL

**Exhortación Apostólica Post Sinodal “Sacramentum Caritatis”
PP. Benedicto XVI, Roma 22 de octubre de 2007**

INTRODUCCION

La Exhortación Apostólica “Sacramentum caritatis” [ESC] (expresión tomada de Santo Tomás de Aquino) se abre con un párrafo muy sugerente con el cual quisiera introducir esta presentación:

“Sacramento de la caridad, la Santísima Eucaristía es el don que Jesucristo hace de sí mismo, revelándonos el amor infinito de Dios por cada hombre. En este admirable Sacramento se manifiesta el amor “más grande”, aquél que impulsa a “dar la vida por los propios amigos” (cf. Jn 15,13). En efecto, Jesús “los amó hasta el extremo” (Jn 13,1). Con esta expresión, el evangelista presenta el gesto de infinita humildad de Jesús: antes de morir por nosotros en la cruz, ciñéndose una toalla, lava los pies a sus discípulos. Del mismo modo, en el Sacramento eucarístico Jesús sigue amándonos “hasta el extremo”, hasta el don de su cuerpo y de su sangre!”(ESC 1).

Lo que en este escrito nos proponemos es simplemente dar a conocer la Exhortación y ofrecer un resumen con pocos comentarios, para dejar hablar al Papa y a los padres sinodales. Debo decir, al comenzar, que la ESC refleja las conversaciones sinodales , y por lo tanto, siendo un texto valioso es disparate en cuanto a su profundidad. Hay en ella preocupaciones teológicas, otras de carácter litúrgico y otras pastorales.

1. Ocasión de la Exhortación (ESC)

Al culminar el año que el Papa Juan Pablo II dedicó a la Eucaristía, el Sínodo de obispos, esta vez presidido por el Papa Benedicto XVI se reunió en Roma para profundizar en el tema propuesto: “La Eucaristía como fuente y culmen de la misión de la Iglesia”. Dicho año comenzó con el Congreso Eucarístico en Guadalajara en octubre de 2004 y culminó en Roma con la canonización de cinco santos caracterizados por la devoción a la Eucaristía, entre ellos el P. Alberto Hurtado, el 23 de octubre del 2005. En la apertura el Papa nos regaló

una Carta Apostólica “Mane nobiscum Domine”, que es una verdadera joya sobre el Rostro eucarístico de Cristo.

Ya antes, el Jueves Santo de 2003, Juan Pablo le había regalado a la Iglesia la Encíclica “Ecclesia de Eucaristía”, que termina con un testimonio conmovedor de la Eucaristía en la vida del Papa y tiene un capítulo hermosísimo sobre María, como mujer eucarística.

Por lo tanto, es claro que desde el Gran Jubileo, el Papa tenía un deseo muy grande de centrar a la Iglesia en torno al misterio de la Eucaristía. El Sínodo es expresión fiel de este deseo, reflejado **“en el presente documento [en que] deseo sobre todo recomendar... que el pueblo cristiano profundice en la relación entre el Misterio eucarístico, el acto litúrgico y el nuevo culto espiritual que se deriva de la Eucaristía como sacramento de la caridad”** (ESC 5). Así se cumple el deseo de Juan Pablo II y se percibe el corazón de Benedicto que palpita en su primer carta: “Deus Cáritas est”...

2. Objetivo y esquema de la ESC

El objetivo expresado por el Papa da origen a las tres partes del presente documento que, dicho sea de paso, nos recuerda el esquema similar del Catecismo de la Iglesia Católica:

- La Eucaristía, misterio que se ha de creer
- La Eucaristía, misterio que se ha de celebrar
- La Eucaristía, misterio que se ha de vivir

I. LA EUCARISTIA, MISTERIO QUE SE HA DE CREER

***“Este es el trabajo que Dios quiere:
que Uds. crean en Aquel que El ha enviado”
(Jn 6,29).***

En este primer capítulo la ESC trata fundamentalmente la relación de la Santa Trinidad con la Eucaristía, la Eucaristía con la Iglesia y los sacramentos de la fe, con la Escatología y con la Virgen María.

La fe de la Iglesia es esencialmente eucarística. De ahí la proclamación que hacemos inmediatamente después de la consagración “este es el misterio de la fe”. “La fe se expresa en el rito y el rito refuerza y fortalece la fe”. Y por eso, “gracias a la Eucaristía, la Iglesia siempre renace de nuevo” (ESC 6)

1. La Eucaristía y la Sma. Trinidad (7-13)

“En la Eucaristía se revela el designio de amor que guía toda la historia de la salvación. En ella el Deus Trinitas, que en sí mismo es amor, se une plenamente a nuestra condición humana” (ESC).

Con esta verdadera confesión de fe se abren los números dedicados a la relación entre la Eucaristía y la Trinidad Santa. Y así aparece la Eucaristía como don gratuito de la Trinidad “donde se han encontrado definitivamente la libertad de Dios y la libertad del hombre en la carne [de Jesús] crucificada, en un pacto indisoluble y válido para siempre”. Y esto el Papa lo subraya con una fortísima expresión de Deus Cáritas est “en su muerte en la cruz se realiza este ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es el amor en su forma más radical”. Y es esta novedad, tan radical, “lo que se nos propone de nuevo en cada celebración” (ESC 9).

Contemplando esta novedad radical “*el novum radical*” que Jesús nos ofrece en la Eucaristía, el Papa propone una interesante lectura de la transubstanciación que se produce en el corazón de la Eucaristía, cuando por obra y gracia del Espíritu Santo los dones Eucarísticos se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Jesús y se ofrecen para transformar radicalmente toda la creación:

“La conversión sustancial del pan y del vino en su cuerpo y en su sangre introduce en la creación el principio de un cambio radical, como una forma de « fisión nuclear », por usar una imagen bien conocida hoy por nosotros, que se produce en lo más íntimo del ser; un cambio destinado a suscitar un proceso de transformación de la realidad, cuyo término último será la transfiguración del mundo entero, el momento en que Dios será todo para todos (cf. 1 Cor 15,18).”(ESC 11)

2. Eucaristía y comunión eclesial (14-15)

Después de destacar la relación con la Santa Trinidad, el Papa subraya la relación con la Iglesia, a partir de la imagen patristica de la Nueva Eva que surge del costado abierto de Cristo, que siempre ha sido leída como un símbolo de la Iglesia y de la sacramentaria eclesial.

Además, nos recuerda también el adagio patristico de que la Eucaristía edifica a la Iglesia y la Iglesia hace la Eucaristía... Es decir, la Iglesia puede adorar y celebrar a Cristo en la Eucaristía porque Jesucristo se ha entregado antes a Ella en el sacrificio de la cruz. De esta manera confesamos que Cristo nos ha amado primero y cada Eucaristía nos recuerda que “El es eternamente quien nos ama primero” (ESC 14).

3. La Eucaristía y los Sacramentos (16-29)

Una vez establecida la relación con la Iglesia la ESC detalla la relación de la Eucaristía con cada uno de los sacramentos de la fe haciendo primero una reflexión teológica al respecto y subrayando, después, algunas consecuencias pastorales.

La premisa esencial es que “el Concilio Vaticano II ha recordado que ‘los demás sacramentos, como también todos los ministerios eclesiales y las obras de apostolado, están unidos a la Eucaristía y a ella se ordenan. La sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan de Vida, que da la vida a los hombres por medio del Espíritu Santo’... Por otra parte “La Iglesia se recibe y al mismo tiempo se expresa en los siete sacramentos, mediante los cuales la gracia de Dios influye concretamente en los fieles para que toda su vida, redimida por Cristo, se convierta en culto agradable a Dios”(ESC 16).

3.1. Eucaristía e iniciación cristiana (17-19)

El ESC recuerda que “la santísima Eucaristía lleva la iniciación cristiana a su plenitud y es como el dentro y el fin de toda la vida sacramental”(ESC 18). Poderosa razón para destacar en nuestra catequesis el vínculo poderoso que une a los tres sacramentos de la iniciación. Por esta razón, cada vez que celebramos la Eucaristía renovamos, de hecho, nuestra pertenencia eclesial cuya puerta nos abrió el Bautismo y cuya misión la confirió la Confirmación.

En este sentido, “toda la iniciación cristiana es un camino de conversión que se debe recorrer con la ayuda de Dios y en permanente referencia a la comunidad eclesial” (ESC 19). Por lo mismo, cuando los sacramentos de iniciación son conferidos a los niños, se establece un vínculo muy poderoso entre estos sacramentos y la familia cristiana.

Esto viene a confirmar la práctica eclesial de la Iglesia en Chile con respecto a la Catequesis familiar: “recibir el Bautismo, la Confirmación y acercarse por primera vez a la Eucaristía, son momentos decisivos no solo para la persona que los recibe sino también para toda la familia, la cual ha de ser ayudada en su tarea educativa por la comunidad eclesial, con la participación de sus diversos miembros” (ESC 19) “Quisiera subrayar aquí la importancia de la primera Comunión. Para tantos fieles este día queda grabado en la memoria con razón como el primer momento en que, aunque de modo todavía inicial, se percibe la importancia del encuentro personal con Jesús. La pastoral parroquial debe valorar adecuadamente esta ocasión tan significativa” (ESC 19).

3.2. Eucaristía y Reconciliación (20-21)

La Eucaristía lleva a apreciar, cada vez más, el sacramento de la reconciliación. Y esta relación nos recuerda que el pecado nunca es algo exclusivamente individual: siempre comporta una herida para la comunión eclesial en la que estamos injertados por el Bautismo.

A los obispos se les recuerda que es cometido de u acción pastoral el promover una firme recuperación de la pedagogía de la conversión y recomendar la confesión frecuente. Y les pide limitar la absolución general solo para los casos previstos.(ESC 21).

El Papa recuerda que “una praxis equilibrada y profunda de las indulgencias” puede ayudar a comprender mejor la relación entre Eucaristía y Reconciliación:

“El recurso a las indulgencias nos ayuda a comprender que sólo con nuestras fuerzas no podremos reparar el mal realizado y que los pecados de cada uno dañan a toda la comunidad... Esta práctica de la indulgencia puede ayudar eficazmente a los fieles en el camino de conversión y a descubrir el carácter central de la Eucaristía en la vida cristiana, ya que las condiciones que prevé su misma forma incluye el acercarse a la confesión y a la comunión sacramental” (ESC 21).

3.3. Eucaristía y Unción de los enfermos (22)

El Señor no solo ha enviado a sus discípulos a curar a los enfermos, sino que ha instituido para ellos un sacramento específico. “Si la Eucaristía muestra cómo los sufrimientos y la muerte de Cristo se han transformado en amor, la Unción de los enfermos, por su parte, asocia al que sufre al ofrecimiento que Cristo ha hecho de sí para la salvación de todos, de tal manera que él también pueda, en el misterio de la comunión de los santos, participar en la redención del mundo” (ESC 22).

Por otra parte, la ESC nos recuerda que el sacramento de los moribundos es la Comunión en forma de viático – el alimento para el camino – que, en ese momento, se manifiesta como “se manifiesta como semilla de vida eterna y potencia de resurrección”... “y abre al enfermo la plenitud del misterio pascual” (ESC 22).

3.4. Eucaristía y Sacramento del Orden (23-26)

La relación intrínseca entre Eucaristía y Orden sagrado se desprende de las palabras de Jesús “haced esto en memoria mía”. “En efecto, la víspera de su muerte, Jesús instituyó la Eucaristía y fundó al mismo tiempo el sacerdocio de la nueva Alianza” (ESC 23).

Al respecto el Papa señala que este vínculo se hace visible en la Misa presidida por el Obispo o el presbítero “en la persona de Cristo como cabeza”. Pore so, la

Iglesia considera “la ordenación sacerdotal como condición imprescindible para la celebración válida de la Eucaristía” (ESC 23). Dado que es Cristo mismo quien está presente en la persona del ministro ordenado, éste debe ejercer su servicio con humildad sin ponerse él mismo ni sus opiniones en primer plano. “El sacerdocio, como decía san Agustín, es amoris officium,[74] es el oficio del buen pastor, que da la vida por las ovejas (cf. Jn 10,14-15) (ESC 23).

En este contexto, y respetando la tradición oriental al respecto, el Papa reafirma el sentido profundo del celibato “una expresión peculiar de la entrega que lo conforma con Cristo y de la entrega exclusiva de sí mismo por el Reino de Dios”. El hecho de que Cristo mismo, sacerdote para siempre, viviera su misión hasta el sacrificio de la cruz en estado de virginidad es el punto de referencia seguro para entender el sentido de la tradición de la Iglesia latina a este respecto. Así pues, no basta con comprender el celibato sacerdotal en términos meramente funcionales. En realidad, representa una especial conformación con el estilo de vida del propio Cristo” (ESC 24).

La ESC termina este apartado con una breve reflexión sobre la pastoral vocacional sugiriendo una repartición más ecuánime del clero existente, con un buen discernimiento de las vocaciones al Seminario, y la valentía de proponer a los jóvenes la radicalidad del seguimiento de Cristo, mostrando su atractivo, y obviamente con mayor fe y esperanza en la iniciativa divina.

Este apartado termina con palabras de gratitud para los obispos, presbíteros y diáconos que desempeñan fielmente su ministerio pastoral. Entre estos destaca a los fidei donum y a quienes “han sufrido hasta el sacrificio de la propia vida por servir a Cristo. En ellos se ve de manera elocuente lo que significa ser sacerdote hasta el fondo. Se trata de testimonios conmovedores que pueden inspirar a tantos jóvenes a seguir a Cristo y a dar su vida por los demás, encontrando así la vida verdadera” (ESC 26).

3.5. Eucaristía y Matrimonio (27-29)

La Eucaristía es un sacramento esponsal. Es el Esposo que se entrega por su Esposa, entrega que tiene su momento culminante en la Cruz. Por esa razón, manifiesta intrínsecamente la unidad y la indisolubilidad del matrimonio cristiano. “El vínculo fiel, indisoluble y exclusivo que une a Cristo con la Iglesia, y que tiene su expresión sacramental en la Eucaristía, se corresponde con el dato antropológico originario según el cual el hombre debe estar unido de modo definitivo a una sola mujer y viceversa (cf. Gn 2,24; Mt 19,5)” (ESC 28).

En este contexto hay referencias a la importancia de la mujer en la vida matrimonial y en la sociedad. Y, en otro tema, una referencia a la pedagogía que hay que usar en las culturas poligámicas para proponer la monogamia.

Un tema siempre presente es el declaración de nulidad en que, siendo muy cercanos a los fieles, debe primar el amor por la verdad. Cuando no se pueda declarar la nulidad, y haya una convivencia irreversible, hay que acompañar pastoralmente a las personas involucradas y “evitar la bendición de estas relaciones para que no surjan confusions entre los fieles sobre el valor del matrimonio”(ESC 29.2).

En cuanto a los divorciados vueltos a casar, me permito citar largamente el pensamiento sinodal: “El Sínodo de los Obispos ha confirmado la praxis de la Iglesia, fundada en la Sagrada Escritura (cf. Mc 10,2-12), de no admitir a los sacramentos a los divorciados casados de nuevo, porque su estado y su condición de vida contradicen objetivamente esa unión de amor entre Cristo y la Iglesia que se significa y se actualiza en la Eucaristía. Sin embargo, los divorciados vueltos a casar, a pesar de su situación, siguen perteneciendo a la Iglesia, que los sigue con especial atención, con el deseo de que, dentro de lo posible, cultiven un estilo de vida cristiano mediante la participación en la santa Misa, aunque sin comulgar, la escucha de la Palabra de Dios, la Adoración eucarística, la oración, la participación en la vida comunitaria, el diálogo con un sacerdote de confianza o un director espiritual, la entrega a obras de caridad, de penitencia, y la tarea educativa de los hijos” (ESC 29.1).

4. La Eucaristía y la Escatología (30-32)

Aun siendo peregrinos, por la Eucaristía “participamos ya por la fe de la vida resucitada” (ESC 30). “Así pues, en cada Celebración eucarística se realiza sacramentalmente la reunión escatológica del Pueblo de Dios. El banquete eucarístico es para nosotros anticipación real del banquete final, anunciado por los profetas (cf. Is 25,6-9) y descrito en el Nuevo Testamento como « las bodas del cordero » (Ap 19,7-9), que se ha de celebrar en la alegría de la comunión de los santos.”(ESC 31).

Al recomendar la oración de sufragio por los difuntos la Exhortación es muy clara en afirmar la la esperanza de la resurrección en la carne , la glorificación de nuestros cuerpos así como la posibilidad de encontrar de Nuevo, cara a cara, a quienes nosh an precedido en el signo de la fe (ESC 32).

5. La Eucaristía y la Virgen María (33)

La primer parte de la Exhortación concluye con un hermoso “himno” a María, reconociendo en ella nuestras esperanzas cumplidas y el modo sacramental como Dios “se acerca e implica a la criatura humana” (33.2):

“María de Nazaret, desde la Anunciación a Pentecostés, aparece como la persona cuya libertad está totalmente disponible a la voluntad de Dios. Su

Inmaculada Concepción se manifiesta propiamente en la docilidad incondicional a la Palabra divina. La fe obediente es la forma que asume su vida en cada instante ante la acción de Dios. Virgen a la escucha, vive en plena sintonía con la voluntad divina; conserva en su corazón las palabras que le vienen de Dios y, formando con ellas como un mosaico, aprende a comprenderlas más a fondo (cf. Lc 2,19.51). María es la gran creyente que, llena de confianza, se pone en las manos de Dios, abandonándose a su voluntad. Este misterio se intensifica hasta a llegar a la total implicación en la misión redentora de Jesús [...] Desde la Anunciación hasta la Cruz, María es aquélla que acoge la Palabra que se hizo carne en ella y que enmudece en el silencio de la muerte. Finalmente, ella es quien recibe en sus brazos el cuerpo entregado, ya exánime, de Aquél que de verdad ha amado a los suyos « hasta el extremo » (Jn 13,1)”.(ESC 33.2).

“María de Nazaret, icono de la Iglesia naciente, es el modelo de cómo cada uno de nosotros está llamado a recibir el don que Jesús hace de sí mismo en la Eucaristía”.(ESC 33.3)

II. LA EUCARISTIA, QUE SE HA DE CELEBRAR

MISTERIO

***“Les aseguro que no fue Moisés
quien les dio el pan del cielo,
sino que es mi Padre quien les da
el verdadero pan del cielo” (Jn 6,32)***

En este segundo capítulo, centrado en el arte de celebrar, el Papa nos da algunos apuntes sobre la belleza, reflexiones breves sobre algunas partes de la Misa, y se centra con mayor profundidad en la participación de los fieles en la Eucaristía.

El Sínodo ha reflexionado mucho sobre “la relación intrínseca entre fe eucarística y celebración, poniendo de relieve el nexo entre la *lex orandi* y la *lex credendi*, subrayando la primacía de la acción litúrgica”. Es decir, la fe de la Iglesia se expresa en la acción litúrgica y esta es una pedagoga de la fe (ESC 34). Por eso la Iglesia nunca puede prescindir del orden sacramental instituido por Cristo mismo.

1. La belleza de la celebración

La belleza no es algo externo ni mero esteticismo. no es tampoco un elemento decorativo de la acción litúrgica sino más bien un elemento constitutivo.

“En Jesús, como solía decir san Buenaventura, contemplamos la belleza y el fulgor de los orígenes.[106] Este atributo al que nos referimos no es mero esteticismo sino el modo en que nos llega, nos fascina y nos cautiva la verdad del amor de Dios en Cristo, haciéndonos salir de nosotros mismos y atrayéndonos así hacia nuestra verdadera vocación: el amor (35.1)

“Sin embargo, esta belleza no es una simple armonía de formas; « el más bello de los hombres » (Sal 45[44],33) es también, misteriosamente, quien no tiene « aspecto atractivo, despreciado y evitado por los hombres [...], ante el cual se ocultan los rostros » (Is 53,2). Jesucristo nos enseña cómo la verdad del amor sabe también transfigurar el misterio oscuro de la muerte en la luz radiante de la resurrección. Aquí el resplandor de la gloria de Dios supera toda belleza mundana. La verdadera belleza es el amor de Dios que se ha revelado definitivamente en el Misterio pascual” (ESC 35.2)

2. El arte de la celebración (38-42)

En el Sínodo los Padres han insistido muchísimo que hay que superar cualquier separación entre el *ars celebrandi* y la “participación plena, activa y fructuosa de los fieles”. Más aun, el *ars celebrandi* es la mejor premisa para la participación *actuosa*...

En este arte de celebrar entra de lleno la presencia del obispo – liturgo por excelencia – y del ministerio ordenado, el respeto por los libros litúrgicos, la atención a todas las formas de lenguaje presentes en la liturgia así como la estructura propia de cada ritual (ESC 39-40).

Y esta relación profunda entre liturgia y belleza lleva a considerar con atención “todas las expresiones artísticas”: la arquitectura, la pintura, la escultura (en que la iconografía religiosa se ha de orientar a la mistagogía sacramental), el canto, los ornamentos, la decoración, etc.

El criterio de toda esta manifestación de la belleza en las formas es que se debe procurar que “todos estos elementos dispuestos en modo orgánico y ordenado entre sí, fomenten el asombro ante el misterio de Dios, manifiesten la unidad de la fe y refuercen la revelación” (41.2).

3. La estructura de la celebración (43-51)

Entrar en la estructura de la celebración es para el Papa expresión del cuidado con que se debe asumir “la intención profunda de la renovación litúrgica deseada por el Vaticano II” (43).

- **La Palabra**

Afirmando la unidad intrínseca del rito de la Eucaristía, el Sínodo se detiene en la Liturgia de la Palabra para pedir lectores competentes en su proclamación y una homilía bien preparada por parte del ministro. Sugiere que las moniciones sean breves y subraya el hoy de la Palabra pues Cristo no es un hecho del pasado. Concluye afirmando con San Jerónimo que “desconocer la Palabra es desconocer a Cristo”.

Para el cultivo de la Palabra recomienda la Lectio y la Liturgia de las Horas. Y se detiene en la necesidad de mejorar la calidad de la homilía puesta en relación a la acción litúrgica y a la vida de la comunidad evitando “homilías genéricas o abstractas” (ESC 46). Recomienda que, siguiendo el leccionario, se desarrollen homilías “temáticas” siguiendo los cuatro pilares del Catecismo de la Iglesia: la fe que se proclama, la fe que se celebra, la fe que se vive, la fe que se ora.

- **La ofrenda**

De la ofrenda rescata “este gesto humilde y sencillo [que] tiene un sentido muy grande: en el pan y el vino que llevamos al altar toda la creación es asumida por Cristo Redentor para ser transformada y presentada al Padre. En este sentido, llevamos también al altar todo el sufrimiento y el dolor del mundo, conscientes de que todo es precioso a los ojos de Dios. Este gesto, para ser vivido en su auténtico significado, no necesita ser enfatizado con añadiduras superfluas.”(47).

- **La Plegaria Eucarística**

La Exhortación afirma que “la plegaria Eucarística es el centro y la cumbre de toda la celebración” y recuerda sus elementos fundamentales: acción de gracias, aclamación, epiclesis, relato de la institución y consagración, anámnesis, oblación, intercesión y doxología conclusiva. No es menor el hecho que en ella “se realiza el sacrificio que el mismo Cristo instituyó en la última cena.(ESC 48)

- **Rito de la Paz**

La Eucaristía es por naturaleza un sacramento de paz. De ahí la importancia de este rito que, con frecuencia se vive con gran intensidad. Los Padres sinodales sugieren “moderar este gesto” limitándose al intercambio de la paz entre los más cercanos. (ESC 49)

- **Distribución de la Eucaristía**

En cuanto a la comunión el Papa “pide a todos”, en particular a los ministros ordenados, velar para que el gesto de la comunión “en su sencillez corresponda

a su valor de encuentro personal con el Señor Jesús en el Sacramento”. Y también pide que no se descuide el silencio recogido después de la comunión(ESC 50.1)

Con sentido pastoral recuerda que, en ciertas ocasiones, asisten a la Eucaristía personas que habitualmente no se acercan al altar, o bien hermanos que pertenecen a otras Comunidades de fe. Para ello sugiere una breve monición que recuerde el sentido de la comunión sacramental, las condiciones para recibirla. Si estas condiciones no se pueden dar, se sugiere sustituir la celebración de la Eucaristía con una celebración de la Palabra de Dios (ESC 50.2).

- ***Ite Missa est***

Los padres sinodales han visto en esta invitación la relación entre la Misa celebrada y la misión cristiana en el mundo, aunque no sea ese su origen original. Hoy representa el sentido misionero de la Eucaristía y de la Iglesia (ESC 51).

4. La participación auténtica (52-64)

El sentido de la participación auténtica, procede del Concilio que acuñó la frase “participación activa, plena y consciente de todo el Pueblo de Dios”. Si esta frase no se comprende bien lleva a la tentación de hacerla muy externa, o bien, a que todos hagan todo y si no hay acción no se sientan participando. O peor aún, confundir la participación con el desempeño de un ministerio particular. Hay efectivamente funciones diversas: las que corresponden a quien preside, al diácono y otros que desempeñan los laicos. Es necesario respetar las funciones específicas de cada cual, especialmente del sacerdote (ESC 52-53).

En fin, y dado que Dios quiere encontrarnos en nuestro contexto vital, el Papa afirma la utilidad de proseguir en el proceso de inculturación, favoreciendo las adaptaciones apropiadas a diversos contextos y culturas (ESC 54).

- ***La actuosa participación (55-60)***

Con la palabra *actuosa* se designa las condiciones personales para una participación fructuosa como son el espíritu de conversión, el recogimiento, el corazón reconciliado y “el tomar parte activa en la vida eclesial en su totalidad, la cual comprende también el compromiso misionero de llevar el amor de Cristo a la sociedad (ERC 55). Obviamente que esta participación es plena cuando nos acercamos a la comunión, aunque este no debe ser un gesto automático. Cuando no sea posible acercarse al altar se sugiere “cultivar el deseo de la plena comunión con Cristo practicando, por ejemplo, la comunión espiritual” (ESC 55).

Hablando de participación es necesario referirse a los hermanos con quienes no estamos en plena comunión. Y a esta la Exhortación se refiere con gran respeto y humildad por lo que conviene leer el texto (ESC 56).

Por una parte está el deseo de llegar lo más pronto posible a la plena comunión y, por otra, el respeto debido a la verdad del sacramento por lo cual, con dolor, nos abstenemos de la mesa común. “La comunión eucarística y la comunión eclesial se corresponden tan íntimamente que hace imposible generalmente por parte de los cristianos no católicos participar en una sin tener la otra [...] NO obstante es verdad que, de cara a la salvación, existe la posibilidad de admitir individualmente a cristianos no católicos a la Eucaristía, al sacramento de la Penitencia y a la Unción de los Enfermos” (ESC 56).

En lo que se refiere a la Misa por los MCS, como es obvio, recuerda que con ellas – en condiciones normales – no se cumple con el precepto dominical. Y que, por la importancia que tienen, sean bien preparadas.

Los padres sinodales piden asegurar la comunión de enfermos y encarcelados (ESC 58-59), y preocuparse de los migrantes que no pueden celebrar en su propio rito. En cuanto a los discapacitados, cuando sea posible, se les ha de dar la comunión a los discapacitados mentales que hayan sido bautizados y confirmados (ESC 58).

- ***Las grandes y pequeñas celebraciones (61-63)***

Los padres sinodales han considerado la calidad de la participación en las grandes celebraciones, hoy más comunes, en que se expresa la unidad de la Iglesia. La recomendación es prever la forma de participar en la comunión. Y, cuando haya personas pertenecientes a diversas lenguas, en sintonía con las normas del Vaticano II los padres sinodales piensan que “exceptuadas las lecturas, la homilía y la oración de los fieles” dichas celebraciones sean en latín para expresar mejor la unidad y universalidad de la Iglesia.

Por otra parte, hay una recomendación para los pequeños grupos que, en algunas circunstancias se favorecen para lograr una participación consciente, activa y fructuosa. Aun reconociendo su valor formativo el Síndo ha subrayado algunos criterios a los que atenerse: “los grupos pequeños han de servir para unificar la comunidad parroquial, no para fragmentarla; esto debe ser evaluado en la praxis concreta; estos grupos tienen que favorecer la participación fructuosa de toda la asamblea y preservar en lo posible la unidad de cada familia en la vida litúrgica” (ESC 63).

- ***La participación interior (64-65)***

Los padres recomiendan promover una educación eucarística que disponga a los fieles a vivir personalmente lo que se celebra. Para eso han propuesto unánimemente una catequesis mistagógica. Son conscientes también de que “la mejor catequesis sobre la Eucaristía, es la Eucaristía bien celebrada”. “En efecto, por su propia naturaleza, la liturgia tiene una eficacia propia para introducir a los fieles en el conocimiento del misterio celebrado. Precisamente por ello, el itinerario formativo del cristiano en la tradición más antigua de la Iglesia, aun sin descuidar la comprensión sistemática de los contenidos de la fe, tuvo siempre un carácter de experiencia, en el cual era determinante el encuentro vivo y persuasivo con Cristo, anunciado por auténticos testigos (ESC 64).

De esta estructura fundamental de la experiencia cristiana nace la exigencia de un itinerario cristiano en la cual se han de tener presente siempre tres elementos:

- a. Interpretar los ritos a la luz de los acontecimientos salvíficos,
- b. Introducir en el significado de los signos contenidos en los ritos;
- c. Enseñar el significado de los ritos en relación con la vida cristiana.

En este sentido, “el resultado final de la mistagogía es tomar conciencia de que la propia vida es transformada progresivamente por los santos misterios que se celebran” (ESC 64c).

Un signo de la eficacia de la catequesis eucarística es el crecimiento en los fieles del sentido del misterio de Dios presente entre nosotros. El Papa piensa que para esto ayudan los gestos así como la postura, como por ejemplo, “arrodillarse durante los momentos principales de la plegaria eucarística”... expresando que nos encontramos ante la majestad infinita de Dios que llega a nosotros de manera humilde en los signos sacramentales (ESC 65).

5. La adoración y la piedad eucarística (65-69)

Unido a la asamblea sinodal el Papa recomienda ardientemente “la práctica de la adoración eucarística”, primero en la Misa y posteriormente fomentando el asombro por la presencia de Jesús en la Eucaristía. “Sólo en la adoración puede madurar una acogida profunda y verdadera. Y precisamente en este acto personal de encuentro con el Señor madura luego también la misión social contenida en la Eucaristía y que quiere romper las barreras no sólo entre el Señor y nosotros, sino también y sobre todo las barreras que nos separan a los unos de los otros” (ESC 66).

Estas formas de oración no son solo personales. Por lo que se aconsejan los momentos de adoración comunitaria (ESC 68), la procesion del Corpus, la

práctica de las Cuarenta Horas, los Congresos Eucarísticos que, debidamente actualizadas, merecen ser cultivadas también hoy (ESC 68).

III. LA EUCARISTIA, MISTERIO QUE SE HA DE VIVIR

***“El Padre que vive me han enviado
y yo vivo por el Padre;
del mismo modo, el que me come,
vivirá por mí” (Jn 6,57)***

En este tercer capítulo se encuentra una gran riqueza teológica especialmente en lo que se refiere a la “forma eucarística de la vida cristiana”. No menor es la riqueza de la última parte sobre la mística social y ecológica de este gran sacramento.

1. Forma eucarística de la vida cristiana (70-83)

1.1. El culto espiritual (70-71)

El que me coma vivirá por mí, dice el Señor, y añade: el que me coma vivirá para siempre (Jn 6, 51). Este “para siempre” comienza en el don eucarístico que contiene “un dinamismo que hace de él principio de vida nueva en nosotros y forma de la existencia humana”. Así “la celebración eucarística aparece con toda su fuerza como fuente y culmen de la existencia eclesial” (ESC 70.2).

En este contexto el Papa comenta el texto de Romanos 12 que nos invita al “culto espiritual” como ofrenda total de la persona, unida a la Iglesia. Y esta ofrenda total se hace en la mente y en el cuerpo pues se trata de “un culto que no es nada desencarnado”. Y en este espíritu se ofrece el sacrificio de Cristo que es también el sacrificio de la Iglesia y, por lo tanto de los fieles: “La insistencia sobre el sacrificio —« hacer sagrado »— expresa aquí toda la densidad existencial que se encuentra implicada en la transformación de nuestra realidad humana ganada por Cristo (cf. Flp 3,12)” (ESC 70).

El Nuevo culto cristiano abarca todos los aspectos de la vida, transfigurándola. Vale por eso, citar in extenso este párrafo rico en teología y espiritualidad:

“El nuevo culto cristiano abarca todos los aspectos de la vida, transfigurándola: « Cuando comáis o bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios » (1 Co 10,31). El cristiano está llamado a expresar en cada acto de su vida el verdadero culto a Dios. De aquí toma forma la naturaleza intrínsecamente eucarística de la vida cristiana. La Eucaristía, al implicar la realidad humana concreta del creyente, hace posible, día a día, la transfiguración progresiva del hombre, llamado a ser por gracia imagen del Hijo de Dios (cf. Rm 8,29 s.). Todo lo que hay de auténticamente humano —pensamientos y afectos, palabras y

obras— encuentra en el sacramento de la Eucaristía la forma adecuada para ser vivido en plenitud. Aparece aquí todo el valor antropológico de la novedad radical traída por Cristo con la Eucaristía: el culto a Dios en la vida humana no puede quedar relegado a un momento particular y privado, sino que, por su naturaleza, tiende a impregnar cualquier aspecto de la realidad del individuo. El culto agradable a Dios se convierte así en un nuevo modo de vivir todas las circunstancias de la existencia, en la que cada detalle queda exaltado al ser vivido dentro de la relación con Cristo y como ofrenda a Dios. La gloria de Dios es el hombre viviente (cf. 1 Co 10,31). Y la vida del hombre es la visión de Dios” (ESC 71)

1.2. “Vivir según el Domingo” (72-76)

“Esta novedad radical que la Eucaristía introduce en la vida del hombre ha estado presente en la conciencia cristiana desde el principio. Los fieles han percibido en seguida el influjo profundo que la Celebración eucarística ejercía sobre su estilo de vida. San Ignacio de Antioquía expresaba esta verdad calificando a los cristianos como « los que han llegado a la nueva esperanza », y los presentaba como los que viven « según el domingo” (72)

Vivir según el Domingo es mucho más que dejar de trabajar, con toda la importancia que éste tiene en el mundo actual (ESC 74). Vivir según el domingo es vivir el día primero de la semana porque en él se hace memoria de la radical novedad traída por Cristo... y el cristiano encuentra en él la forma eucarística de su existencia.

Perder el sentido del domingo como “día del Señor” es perder el sentido de la libertad cristiana (73). Es perder el día de la nueva creación, el día del resucitado, el día de la Iglesia, el dies hominis como día de alegría, descanso y caridad fraternal” (ESC 73.1) Por esta razón conviene que, en torno a la celebración dominical, se puedan organizar otras manifestaciones propias de la vida cristiana. Lo peor que podría suceder – en este plano – es que el Domingo termine siendo un día “vacío de Dios” (ESC 73.2).

Donde no pueda celebrarse la Eucaristía, la Exhortación recomienda “asambleas dominicales en ausencia de sacerdote”, en una celebración claramente diferenciada de la Santa Misa. Y recuerda que “corresponde al Ordinario conceder la facultad de distribuir la comunión en dichas liturgias”. Además, se pide “evitar que dichas asambleas provoquen confusión sobre el papel central del sacerdote y la dimensión sacramental en la vida de la Iglesia” (ESC 75).

En este contexto la ESC destaca la importancia del Domingo como dies Ecclesiae, pues “la forma eucarística de la vida cristiana es sin duda una forma eclesial y comunitaria (ESC 76.2). En verdad, “donde no se vive la comunión entre nosotros, tampoco es viva y verdadera la comunión con Dios” (ESC

76.1). “El fenómeno de la secularización, que comporta aspectos marcadamente individualistas, ocasiona sus efectos deletéreos sobre todo en las personas que se aíslan, y por el escaso sentido de pertenencia. El cristianismo, desde sus comienzos, supone siempre una compañía, una red de relaciones vivificadas continuamente por la escucha de la Palabra, la Celebración eucarística y animadas por el Espíritu Santo” (ESC 76.2).

1.3. *Espiritualidad y cultura eucarísticas (77-83)*

La Eucaristía abarca la vida entera y, por ende, la espiritualidad eucarística no consiste sólo en participar de la Eucaristía o de la adoración al Santísimo. “Esta consideración tiene hoy un particular significado para todos nosotros. Se ha de reconocer que uno de los efectos más graves de la secularización, mencionada antes, consiste en haber relegado la fe cristiana al margen de la existencia, como si fuera algo inútil respecto al desarrollo concreto de la vida de los hombres. El fracaso de este modo de vivir « como si Dios no existiera » está ahora a la vista de todos. Hoy se necesita redescubrir que Jesucristo no es una simple convicción privada o una doctrina abstracta, sino una persona real cuya entrada en la historia es capaz de renovar la vida de todos” (ESC 77). Por el contrario, “La Eucaristía, como misterio que se ha de vivir, se ofrece a cada persona en la condición en que se encuentra, haciendo que viva cotidianamente la novedad cristiana en su situación existencial.” (ESC 79). Y, en especial los fieles laicos, están llamados a vivir la novedad radical traída por Cristo precisamente en las condiciones comunes de la vida (ESC 79.2).

En cuanto a los presbíteros conviene recordar que la espiritualidad sacerdotal es “intrínsecamente eucarística”... como queda de manifiesto en el rito de la ordenación sacerdotal al recibir la patena y el cáliz (ESC 80). En cuanto a la vida consagrada su testimonio profético “encuentra en la celebración eucarística y en la adoración la fuerza para el seguimiento radical de Cristo obeiente, pobre y casto” (ESC 81)

Por las razones antes expuestas, el Misterio eucarístico hace entrar en diálogo con las distintas culturas y se ha de “reconocer el carácter intercultural de este nuevo culto espiritual” (ESC 78). De esta manera, impulsando la evangelización de las culturas, se afirma que “La Eucaristía se convierte en criterio de valorización de todo lo que el cristiano encuentra en las diferentes expresiones culturales” (ESC 78).

1.4. *Eucaristía y transformación moral*

En fin, hay una relación entre la Eucaristía y la transformación moral de las personas, propio de la forma eucarística de la vida cristiana pues “Una

Eucaristía que no comporte un ejercicio práctico del amor es fragmentaria en sí misma” (ESC 82.1).

“Esta referencia al valor moral del culto espiritual no se ha de interpretar en clave moralista. Es ante todo el gozoso descubrimiento del dinamismo del amor en el corazón que acoge el don del Señor, se abandona a Él y encuentra la verdadera libertad. La transformación moral que comporta el nuevo culto instituido por Cristo, es una tensión y un deseo cordial de corresponder al amor del Señor con todo el propio ser, no obstante la conciencia de la propia fragilidad” (ESC 82.2).

“Es importante notar lo que los Padres sinodales han denominado **coherencia eucarística**, a la cual está llamada objetivamente nuestra vida. En efecto, el culto agradable a Dios nunca es un acto meramente privado, sin consecuencias en nuestras relaciones sociales: al contrario, exige el testimonio público de la propia fe. Obviamente, esto vale para todos los bautizados, pero tiene una importancia particular para quienes, por la posición social o política que ocupan, han de tomar decisiones sobre valores fundamentales, como el respeto y la defensa de la vida humana, desde su concepción hasta su fin natural, la familia fundada en el matrimonio entre hombre y mujer, la libertad de educación de los hijos y la promoción del bien común en todas sus formas.(230) Estos valores no son negociables. Así pues, los políticos y los legisladores católicos, conscientes de su grave responsabilidad social, deben sentirse particularmente interpelados por su conciencia, rectamente formada, para presentar y apoyar leyes inspiradas en los valores fundados en la naturaleza humana” (ESC 83).

2. Eucaristía, misterio que se ha de anunciar (84-87)

2.1. Eucaristía y misión

“En la homilía durante la Celebración eucarística con la que he iniciado solemnemente mi ministerio en la Catedral de Pedro, decía: « Nada hay más hermoso que haber sido alcanzados, sorprendidos, por el Evangelio, por Cristo. Nada más bello que conocerle y comunicar a los otros la amistad con él ».(233) Esta afirmación asume una mayor intensidad si pensamos en el Misterio eucarístico. En efecto, no podemos guardar para nosotros el amor que celebramos en el Sacramento. Éste exige por su naturaleza que sea comunicado a todos. Lo que el mundo necesita es el amor de Dios, encontrar a Cristo y creer en Él. Por eso la Eucaristía no es sólo fuente y culmen de la vida de la Iglesia; lo es también de su misión: « Una Iglesia auténticamente eucarística es una Iglesia misionera” (ESC 84).

En cuanto al testimonio “La misión primera y fundamental que recibimos de los santos Misterios que celebramos es la de dar testimonio con nuestra vida. El asombro por el don que Dios nos ha hecho en Cristo imprime en nuestra vida un dinamismo nuevo, comprometiéndonos a ser testigos de su amor. Nos

convertimos en testigos cuando, por nuestras acciones, palabras y modo de ser, aparece Otro y se comunica. Se puede decir que el testimonio es el medio con el que la verdad del amor de Dios llega al hombre en la historia, invitándolo a acoger libremente esta novedad radical. En el testimonio Dios, por así decir, se expone al riesgo de la libertad del hombre”. (ESC 85). Obviamente el grado más alto del testimonio es el martirio tan presente en nuestros días.

En este contexto misionero, el Papa hace dos reflexiones: la primera se refiere a la “unicidad de Cristo y de la salvación realizada en El a precio de su sangre” (ESC 86). la segunda es mas bien un llamado a la libertad religiosa y de culto “para que los cristianos así como los miembros de otras religions puedan vivir personal y comunitariamente sus convicciones libremente” (ESC 87).

3. Eucaristía, misterio que se ha de ofrecer al mundo (88-93)

3.1. *Eucaristía: pan partido para un mundo nuevo*

“El pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo” (Jn 6,51), dice Jesús. revelando así el don de la propia vida por todos los hombres a quienes El ama con sentimientos profundamente humanos, en especial, a los que sufren y a los pecadores. Cada Eucaristía actualiza sacramentalmente el don de la vida de Jesús por cada uno de nosotros y por el mundo entero. Al mismo tiempo la Eucaristía nos hace testigos de la compasión de Jesús, naciendo así – en torno al Misterio eucarístico – el servicio de la caridad para con el prójimo. “En verdad, la vocación de cada uno de nosotros consiste en ser, junto con Jesús, pan partido para la vida del mundo” (ESC 88).

3.2. *Implicaciones sociales del misterio eucarístico (Mística social del sacramento).*

La unión con Cristo que se verifica en el sacramento nos capacita para establecer nuevos tipos de relaciones sociales. En ese sentido afirmamos con el Papa que la “mística del sacramento tiene un carácter social” y, por lo tanto, hay que explicitar la relación entre Misterio eucarístico y compromiso social:

- por una parte, la Eucaristía es sacramento de comunión entre los que aceptan reconciliarse con Cristo y los hermanos. Esto nos produce una tensión saludable para abrírnos, con los que está enfrentados, al diálogo y a un compromiso por la justicia. Y de esta toma de conciencia “nace la voluntad de transformar las estructuras injustas para restablecer el respeto de la dignidad del hombre” (ESC 89.1);
- por otra parte, “el sacrificio de Cristo es un misterio de liberación que nos interpela continuamente... a ser operadores de paz y de

justicia” en un mundo macado por tantas violencias, por el terrorismo y la corrupción económica, situaciones que deben “denunciarse” porque van contra la dignidad del hombre (ESC 89.2). Así también debemos “denunciar a quien derrocha las riquezas de la tierra” (ESC 90.1). En fin, “el alimento de la verdad nos impulsa a denunciar las situaciones indignas del hombre en las que a causa de la injusticia y la explotación se muere por falta de comida...”(ESC 90.2).

Por la importancia de este compromiso me permito citar in extenso: “No podemos permanecer pasivos ante ciertos procesos de globalización que con frecuencia hacen crecer desmesuradamente en todo el mundo la diferencia entre ricos y pobres. Debemos denunciar a quien derrocha las riquezas de la tierra, provocando desigualdades que claman al cielo (cf. St 5,4). Por ejemplo, es imposible permanecer callados ante « las imágenes sobrecogedoras de los grandes campos de prófugos o de refugiados —en muchas partes del mundo— acogidos en precarias condiciones para librarse de una suerte peor, pero necesitados de todo. Estos seres humanos, ¿no son nuestros hermanos y hermanas? ¿Acaso sus hijos no vienen al mundo con las mismas esperanzas legítimas de felicidad que los demás? ». (246) El Señor Jesús, Pan de vida eterna, nos apremia y nos hace estar atentos a las situaciones de pobreza en que se halla todavía gran parte de la humanidad: son situaciones cuya causa implica a menudo una clara e inquietante responsabilidad por parte de los hombres. En efecto, « se puede afirmar, sobre la base de datos estadísticos disponibles, que menos de la mitad de las ingentes sumas destinadas globalmente a armamento sería más que suficiente para sacar de manera estable de la indigencia al inmenso ejército de los pobres. Esto interpela a la conciencia humana. Nuestro común compromiso por la verdad puede y tiene que dar nueva esperanza a estas poblaciones que viven bajo el umbral de la pobreza, mucho más a causa de situaciones que dependen de las relaciones internacionales políticas, comerciales y culturales, que por circunstancias incontroladas (ESC 90.1)”.

En verdad, el misterio de la Eucaristía nos capacita para compartir los bienes, como lo simbolizamos en la colecta de la Misa (ESC 90.2) y a realizar un trabajo audaz en las estructuras del mundo para llevarles relaciones nuevas que tienen su fuente inagotable en el don de Dios. El cristiano laico formado en la escuela de la Eucaristía está llamado a asumir directamente la propia responsabilidad política y social. Y los pastores deben promover la Doctrina social de la Iglesia y darla a conocer a las comunidades cristianas. “Esta doctrina, madurada durante toda la historia de la Iglesia, se caracteriza por el realismo y el equilibrio, ayudando así a evitar compromisos equívocos o utopías ilusorias” (ESC 91).

3.3. Santificación del mundo y salvaguardia de la Creación

En fin, dar gracias en la Eucaristía incluye la creación y el cosmos. De esta manera “la forma eucarística de la vida puede favorecer un cambio de mentalidad en el modo de ver la historia y el mundo” (ESC 92).

“La liturgia misma nos educa a todo esto cuando, durante la presentación de las ofrendas, el sacerdote dirige a Dios una oración de bendición y de petición sobre el pan y el vino, « fruto de la tierra », « de la vid » y del « trabajo del hombre ». Con estas palabras, además de incluir en la ofrenda a Dios toda la actividad y el esfuerzo humano, el rito nos lleva a considerar la tierra como creación de Dios, que produce todo lo necesario para nuestro sustento. La creación no es una realidad neutral, mera materia que se puede utilizar indiferentemente siguiendo el instinto humano. Más bien forma parte del plan bondadoso de Dios, por el que todos nosotros estamos llamados a ser hijos e hijas en el Unigénito de Dios, Jesucristo (cf. Ef 1,4-12). La fundada preocupación por las condiciones ecológicas en que se encuentra la creación en muchas partes del mundo encuentra motivos de tranquilidad en la perspectiva de la esperanza cristiana, que nos compromete a actuar responsablemente en defensa de la creación.(250) En efecto, en la relación entre la Eucaristía y el universo descubrimos la unidad del plan de Dios y se nos invita a descubrir la relación profunda entre la creación y la « nueva creación », inaugurada con la resurrección de Cristo, nuevo Adán. En ella participamos ya desde ahora en virtud del Bautismo (cf. Col 2,12 s.), y así se le abre a nuestra vida cristiana, alimentada por la Eucaristía, la perspectiva del mundo nuevo, del nuevo cielo y de la nueva tierra, donde la nueva Jerusalén baja del cielo, desde Dios, « ataviada como una novia que se adorna para su esposo » (Ap 21,2)” (ESC 92).

CONCLUSION (94-97)

La Conclusión de esta carta nos ofrece un valioso resumen de la misma afirmando que la Eucaristía es el origen de toda forma de santidad que ha tenido en ella su centro. Por eso se nos invita a creer, celebrar y vivir intensamente la Eucaristía. Y a los pastores, a promover una espiritualidad cristiana auténticamente eucarística (ESC 94.2).

Nos recuerda que a comienzos “A principios del s. IV, el culto cristiano estaba todavía prohibido por las autoridades imperiales. Algunos cristianos del Norte de África, que se sentían en la obligación de celebrar el día del Señor, desafiaron la prohibición. Fueron martirizados mientras declaraban que no les era posible vivir sin la Eucaristía, alimento del Señor: sine dominico non possumus.(252) Que estos mártires de Abitinia, junto con muchos santos y beatos que han hecho de la Eucaristía el centro de su vida, intercedan por nosotros y nos enseñen la fidelidad al encuentro con Cristo resucitado. Nosotros tampoco podemos vivir sin participar en el Sacramento de nuestra salvación y deseamos ser iuxta

dominicam viventes, es decir, llevar a la vida lo que celebramos en el día del Señor” (ESC 95).

Invocamos también a María Santísima, modelo insustituible de vida Eucarística, venerada en todas la Plegarias Eucarísticas de la Iglesia por habernos dado el Cuerpo verdadero de Jesús, nacido de la Virgen, que se ofrece en el altar. De ella quisiéramos aprender a convertirnos en personas eucarísticas y eclesiales para poder presentarnos “santos e inmaculados” ante el Señor, tal como El lo quiso desde la creación del mundo.

Y que el Espíritu Santo “renueve en nuestra vida el asombro eucarístico... pues la Eucaristía nos hace descubrir que Cristo muerto y resucitado se hace contemporáneo nuestro en el misterio de la Iglesia, su Cuerpo” (ESC 97).

Dado en Roma, el 22 de febero de 2007,
fiesta de la Cátedra de San Pedro.

COMENTARIOS FINALES

Un documento que transcribe las conversaciones de los padres sinodales y los deseos del Papa. Sencillo y humilde, con bases teológicas profundas y muchísimas consecuencias pastorales especialmente en las dos primeras secciones. Tiene párrafos de una belleza e inspiración que alimentarán nuestra meditación eucarística y nuestro amor por el Sacramento del Cuerpo entregado. Y teológicamente hay, por lo menos, cinco afirmaciones que la misma carta profundiza y se ofrecen a nuestra propia reflexión:

1. Sacramento de la entrega total de Cristo;
2. La sacramentaria, perfil de la vida cristiana;
3. La forma eucarística de la vida cristiana;
4. La Eucaristía, misterio que se ha de anunciar y ofrecer al mundo: mística social del sacramento;
5. Fuerza transformadora de la Eucaristía.

P. Cristián Precht Bañados
Santiago, 28 de marzo de 2007.